

*El
reencuentro
con mi
alma*

*La Jaima
del alma*



Rubén Figueras

Capítulo 1

Calle San Agustín

Nací un 23 de septiembre de 1987, en un lugar que para muchos quizá no dice nada, pero para mí lo dice todo: Igualada. Una tierra humilde, con su sol ardiente, sus calles polvorrientas y sus costumbres sencillas. Pero mi verdadera historia —la que llevo marcada como un tatuaje invisible, profundo y silencioso— no comienza exactamente el día que nací. Comienza en un lugar aún más específico: la Calle San Agustín.

Allí me crié. Allí aprendí a mirar el mundo por primera vez, con esos ojos de niño que, aunque el tiempo haya pasado, aún viven en mí como brasas encendidas bajo la ceniza.

No puedo precisar cuándo fue que empecé a entender el mundo a mi alrededor, pero sí hay algo que nunca se me ha borrado: una sensación envolvente, casi mágica, como si la memoria tuviera textura, sonido y olor. Recuerdo el sol entrando por la ventana en las mañanas, cálido y dorado, acariciando el suelo de baldosas frías que conocía cada paso mío como si fuera parte de mi cuerpo. Recuerdo el bullicio constante de la calle: voces que se cruzaban, pasos apurados, el motor de alguna bicicleta vieja y el canto agudo de los pájaros que anidaban en los cables. Los olores también están ahí, intactos: el guiso burbujeando en la cocina, el pan tostado por las mañanas, el jabón en la ropa limpia, el café recién hecho que se colaba en el aire cuando los adultos conversaban en voz baja, como si el mundo pudiera romperse si alzaban el tono.

La Calle San Agustín no era simplemente una dirección en un papel. Era un universo completo. Un escenario donde todo lo importante sucedía. Allí aprendí a reír con ganas, a tener miedo por primera vez, a imaginar cosas que no existían, pero que para mí eran tan reales como el suelo bajo mis pies. Allí conocí la alegría sencilla, esa que nace de lo pequeño, y también las primeras heridas que uno no entiende, pero que se sienten profundas. Fue el lugar de mis primeros juegos, mis primeras preguntas sin respuesta, mis primeros silencios cargados de emoción, y de esos sueños grandes, casi imposibles, que empezaban a nacer sin que yo lo supiera.

Había una especie de magia serena en esa calle. Los vecinos se conocían por nombre y por historias. Las puertas se abrían sin miedo, como si la desconfianza aún no se hubiera inventado. Los días se estiraban, como si el tiempo tuviera paciencia con nosotros. Yo vivía cada minuto con intensidad, con la pureza de quien aún no conoce la prisa ni el olvido. Sin saberlo, esos pequeños instantes se fueron convirtiendo en los cimientos de todo lo que vendría después.

A veces pienso que mi verdadero viaje no comenzó el día que decidí caminar por el desierto. Comenzó mucho antes, en esa calle polvorienta, en esa infancia donde lo invisible tenía forma y lo cotidiano era un territorio mágico lleno de descubrimientos.

Mi casa en la Calle San Agustín no era grande, pero para mí era infinita. Estaba llena de rincones que sabían mis secretos, de objetos que parecían tener alma propia, de luces y sombras que danzaban en las paredes como en un cuento. Las cortinas se movían al ritmo del viento, como si respiraran, y la radio sonaba cada tarde, marcando el ritmo de la vida con su música y sus voces lejanas. Había momentos en que el silencio se hacía presente, y aprendí a escucharlo, a comprender que incluso el silencio dice cosas. Hoy sé que esa fue mi primera forma de meditación.

Vivíamos con lo justo, eso es cierto, pero jamás me sentí pobre. Porque había calor. Porque había familia. Y eso bastaba para

llenar todo. Lo demás, lo que faltaba, lo inventábamos. Éramos expertos en crear mundos con nada.

Recuerdo los muebles de madera oscura, la mesa del comedor donde tantas veces nos sentamos a compartir lo poco o lo mucho que hubiera. Recuerdo el ruido de los cubiertos, las risas, y también esos silencios en los que se decía más que con palabras.

Mi madre era el centro de todo. Su presencia sostenía la casa como una columna invisible. Era fuerte, aunque nunca alzara la voz. Su mirada lo decía todo: amor, preocupación, cansancio, esperanza. Aprendí de ella a sostener lo que duele sin que se rompa, a cuidar a los demás incluso cuando una misma se siente frágil.

Mi padre era más callado, como una sombra firme. No decía mucho, pero estaba. Siempre estaba. Y su forma de estar —silenciosa, constante— me enseñó que la presencia también puede ser un acto de amor.

Y luego estaban los hermanos, los primos, los amigos del barrio. Todos mezclados, todos parte de una misma tribu. Jugábamos en la calle hasta que el sol se escondía tras los techos bajos. No había relojes, no había pantallas. Sólo risas, gritos, carreras interminables y mundos imaginarios. Saltábamos entre piedras, corríamos detrás de pelotas viejas, construimos castillos con tierra, espadas con palos, escudos con tapas de olla. Cada esquina era una historia, cada árbol un refugio.

La calle era todo para nosotros: mundo, escuela, campo de batalla, escondite y escenario de aventuras. Allí aprendí el valor de la amistad sincera, la risa sin culpa, el llanto sin vergüenza. Aprendí a caer y a levantarme sin drama. A confiar. A perder y a seguir jugando.

Había algo puro en todo aquello. Una especie de inocencia que, por más que la vida insista, no ha logrado borrarse del todo. Algo que aún hoy me sostiene cuando el camino se pone oscuro. Porque, aunque los años pasaran y los paisajes cambiaran, aun-

que el mundo me llevara lejos —muy lejos— a cruzar desiertos,
a enfrentar sombras, a buscar mi propia luz... todo comenzó allí.

En esa calle.

En esa casa.

En ese niño que, sin saberlo, ya soñaba con volar.